



X ALFREDO PEREZ GUERRERO

X LA CIUDAD Y LA CUMBRE



Los imperios, tenaces, compenetrados, España y para el mundo uno. Ahora quedó la más gran gloria de herencia en todos los tiempos. Junto con sus pasiones pedregosas y agoreras, trajeron el canto de la lengua castellana y lo místico de la religión católica. Trajeron también la tendencia hispánica hacia la grandeza y el sentido de la libertad y de la dignidad del hombre. Por doquiera sembraron muerte y desolación; más, también construyeron ciudades y organizaron el plan de un nuevo sentido de la civilización que había de prolongarse a través de los siglos en el Nuevo Mundo.

Fue Sebastián Moyano de Benalcázar, labriego español, armado noble y caballero en nuestra América, quien fundó la Villa de San Francisco de Quito, instaló el Cabildo y dispuso que alcaldes y regidores asumieran sus funciones. Inmediatamente se trazó la Plaza Grande y las calles que a ella convergían; se repartieron solares y se inscribieron los primeros vecinos en número de doscientos tres españoles y dos negros. Había comenzado otra etapa de la historia de Quito, mientras en las cercanías de valles y de montes rondaba hostil la fiera de Rumiñahui, el héroe indomable que dejó en ruinas la ciudad antes de abandonarla a la codicia de los conquistadores.

El sino de una cultura se había cumplido. Los hombres blancos y barbudos, vestidos de hierro, con el rayo en el extremo de sus arcabuces, jinetes sobre animales feroces desconocidos en América, llegaron en grupos pequeños o numerosos a las playas del Pacífico, atraídos por la fama de las riquezas del Imperio Incaico. En su tierra, en la lejana España, pertenecían a las clases inferiores de la sociedad. Anal-fabetos, trabajadores del campo, cuidadores de animales domésticos, deudores insolventes, delincuentes, se embarcaron por centenares y millares, atraídos por la seducción de las tierras de promisión, en las cuales abundaba el oro, el poderío y la gloria, y en las cuales, oculta en alguna parte, podía hallarse la fuente de la eterna juventud. Venían ávidos, hambrientos de aventura, con la espada en una mano y con la cruz en la otra, a enaltecer sus vidas mezquinas y a conquistar no solamente riquezas, sino también títulos y renombre.

Muchos habían de dejar sus cuerpos a lo largo y a lo ancho de las selvas y las montañas de América, devorados por la fiebre, por el cansancio y por el hambre, o heridos por las lanzas y las flechas de las tribus indígenas. Otros habían de escribir las palabras iniciales de la Nueva Historia de América. Fueron los Pizarro, Cortés, Almagro, Valdivia, Benalcázar, casi todos ellos de humilde origen, y, luego, designados por los Reyes Españoles Gobernadores, Virreyes, Marqueses. Du-



ros, implacables, tenaces, cumplieron para España y para el mundo una hazaña quizá la más prodigiosa de heroísmo en todos los tiempos. Junto con sus pasiones pequeñas y egoístas, trajeron el canto de la lengua castellana y la mística de la religión católica. Trajeron también la tendencia hispánica hacia la grandeza y el sentido de la libertad y de la dignidad del hombre. Por doquiera sembraron muerte y desolación; mas, también construyeron ciudades y organizaron el plan de un nuevo sentido de la civilización que había de prolongarse a través de los siglos en el Nuevo Mundo.

En estas tierras gobernaba Atahualpa sobre el inmenso imperio legado por su padre. Había terminado recientemente la lucha con su hermano Huáscar y había cesado toda resistencia de las antiguas tribus del Reino de los Caras. Los pueblos vivían una elevada civilización y un sistema social, religioso y político rigidamente organizado y planificado. Era quizá la última etapa de una cultura o quizá habría continuado perfeccionándose hasta alturas que no podemos sospechar.

Pero, "en la mitad del día", sobrevino la noche para el Imperio del Tahuantinsuyo. En Cajamarca fue capturado y luego condenado a muerte el último Inca. El imperio se desintegró, pues al coraje y a la resistencia de grupos desorganizados, que en una parte o en otra hostilizaban a los españoles. Sebastián de Benalcázar, abandonó el Gobierno de la primera villa, fundada por Pizarro, llamada San Miguel de Tangarara, en Piura, y emprendió la marcha hacia Quito. El 15 de agosto de 1534, luego de seis meses de peripecias y de luchas, fundó la ciudad de Santiago de Quito, cerca de la laguna de Colta, con sesenta y ocho vecinos. Y el 6 de diciembre del mismo año, luego de pactar con Pedro de Alvarado y obtener que éste retirara sus ambiciones a las nuevas tierras conquistadas, se erigió la Villa de San Francisco de Quito, sobre las ruinas humeantes dejadas por Rumiñahui.

Tales son, en síntesis, los hechos que precedieron a la fundación de esta ciudad. Su verdadera edad se pierde en la penumbra de la protohistoria y de la prehistoria, en que fue bautizada con el nombre que aun conserva. Quitus y caras fundaron la ciudad, en el regazo de la montaña, entre las quiebras por los cuales alguna vez corrió la lava del volcán cercano; recinto propicio para la defensa y para el resguardo de los tesoros de sus templos y palacios. Sus colinas fueron adoratorios del sol y de la luna, y millares de obreros indígenas construyeron aposentos revestidos de oro y plata, para comodidad y lujo de sus príncipes. Desde entonces fue Quito cabecera y centro de la política y de la administración de inmensas tierras; y terminada la



lucha entre los dos últimos Incas con el triunfo de Atahualpa, fue la capital del poderoso Imperio Incásico. Hubo un destino y una predestinación para esta ciudad egregia.

Comienza entonces la Colonia, período de cerca de tres siglos, durante los cuales, en silencio, se cumple la fusión de la sangre española con la indígena. Se levantan numerosos templos; los vecinos erigen sus construcciones de uno o dos pisos, con sus amplios patios. En la Plaza Grande deambulan regidores y oidores, nobles y plebeyos y comentan los sucesos rutinarios, o critican, en voz baja, procedimientos y deslices de autoridades y personas de mayor y de menor cuantía.

En marzo de 1541, Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, seguidos de trescientos soldados españoles y de cuatro mil indios forzados y amarrados —pese al requerimiento del Cabildo Quiteño para que así no se procediese— treparon la cordillera y descendieron hacia las tierras prodigiosas y desconocidas del Oriente. El Capitán Francisco de Orellana, con apenas cincuenta españoles, cumplió la hazaña de atravesar de Oeste a Este el Continente después de sufrimientos y dificultades innumerables, y llegó al fin a las aguas del Amazonas, hasta su desembocadura en el Atlántico.

Desde entonces se creó en la conciencia de Quito y de la Patria, el afán de hacer de esas tierras lejanas, tierras del Ecuador; el concepto de que ellas son nuestras, porque allí fueron nuestros hombres a luchar, a sembrar, a construir y a hacerlas suyas con el acto de posesión máximo que es el vivir y el morir por lo que se anhela. La cruz y la espada, el arado y el libro en manos de misioneros y soldados, de trabajadores y maestros llevaron al Oriente las palabras eternas del amor y de la bondad; la garantía y defensa del derecho, la acción que construye y que siembra, y la enseñanza del idioma castellano, cuyas palabras son sentimientos de grandeza, de valor y de esfuerzo para las almas. Gloria auténtica de Quito fue el descubrimiento del Río-Mar.

Se crea más tarde la Escuela de San Andrés para adoctrinar a los Indios “y los demás pobres mestizos, huérfanos y de cualquier generación que sean, y para que aprendan el arte de la gramática, canto llano y de órgano, y a leer y escribir y las oraciones de nuestra fe”, según decía la ordenanza de su creación. Dominicos, jesuitas y agustinos, fundan el Colegio de San Luis y las Universidades de Santo Tomás, San Gregorio Magno y San Fulgencio. El Seminario de San Luis, se estableció oficialmente en 1594, apenas sesenta años después de la



fundación de la ciudad. Concedía título de Bachiller, Maestro, Licenciado y Doctor. Su asiento fue el mismo lugar en el cual la Municipalidad de Quito, celebra el Aniversario de la Fundación de la Ciudad. Quito se enriquece desde entonces, con los altos tesoros del espíritu, como si intuyera que su porvenir y su destino están ligados a la cultura, a la ciencia y al arte. Mestizos e indios descubren en sí una prodigiosa vocación por la escultura y la pintura. Indios y mestizos labraron la filigrana de piedra de la Compañía de Jesús y de los otros templos. Miguel de Santiago y Gorívar, pintan la maravilla de los cuadros que se guardan en iglesias y conventos.

Y, por ahí, en los claustros universitarios y por las callejas zigzagantes y empinadas, deambula Eugenio de Santa Cruz y Espejo, curando enfermedades, intuyendo nuevos principios de biología y medicina, y esbozando su gran sueño de la libertad para el Ecuador y para América. Espejo adusto y duro como las rocas de su tierra, tenaz, con esa tenacidad que solamente tienen los poseídos por un ideal auténtico, siguió su camino de espinas y dolores para ascender a una de las más altas cumbres de ecuatorianidad y sacrificio y para vivir entre aquellos que crearon y modelaron esta Patria nuestra.

Después sobrevienen las proezas por la independencia y por la libertad. Se enciende el Diez de Agosto de 1809, la antorcha que había de añadir a los blasones de esta ciudad, el de ser la primera en dar a los pueblos del Nuevo Mundo la lección de rebeldía, a la que siguió la lección de sacrificio del Dos de Agosto de 1810. El tañido de las campanas de Quito no llaman ya solamente al recogimiento y la plegaria, sino que cantan la libertad de América. Y vecinos de esta ciudad, desde entonces, no tienen otra misión que la de luchar y derramar su sangre para liberarse de la dominación española. Un 24 de Mayo de 1822, amanece el sol de todos los días por la colina de Ichimbía, y el sol de la independencia, por occidente y por encima del Pichincha. Antonio José de Sucre, guerrero y estadista, héroe con el corazón repleto de bondades y noblezas, triunfa en la batalla y levanta la bandera tejida con los anhelos, dolores y esperanzas de este pueblo de indios, mestizos y criollos, que tienen fuerzas, suficientes ya, para dirigir su marcha por los caminos de la historia.

El Ecuador se separa de Colombia. Comienza su tarea de estado soberano, y es Quito la Capital de la República. Se suceden los cambios sociales y políticos. La ciudad crece más cada día. En la Plaza Mayor se levanta la Columna de la Independencia, y en La Alameda el Monumento a Bolívar. Las construcciones se hacen por



millares hacia el Norte y hacia el Sur, por sobre las colinas y por las faldas del Pichincha. Lo moderno se junta con lo antiguo y a veces pretende absorberlo y destruirlo. Se trabaja, se piensa, se trazan nuevos caminos hacia el porvenir. Se aprenden las lecciones de la democracia con sacrificio y con dolor. La lucha partidista o personalista es enconada y fiera, y un día son sacrificados Alfaro y sus tenientes en los campos de El Ejido.

Es áspero el camino recorrido por esta ciudad a través de los siglos; pero ha seguido adelante, sin desmayo y sin cobardía, y ha obtenido siempre de sus sufrimientos y catástrofes un nuevo impulso y un coraje nuevo.

En éste, el pasado de esta ciudad egregia, un pasado de glorias de la materia y del espíritu; un pasado de inmenso esfuerzo económico que ha extendido la ciudad por todas partes y lo ha transformado en una de las más bellas de América; y de inmenso esfuerzo de cultura que cuenta en su haber con los nombres máximos de Espejo, Mejía, González Suárez, Caspicara, Villarruel, Borja, Mariana de Jesús y decenas más de escritores, oradores, artistas, constructores de la Patria y de sus Instituciones.

Quito ha prosperado para su prestigio y para su bien, pero más aún para el beneficio del País. Ha sido siempre la Capital de la República y no únicamente su más bella y culta ciudad. Y como Capital, ha sacrificado sus intereses en bien de las otras comarcas de la Patria. La nobleza, el desinterés, la fraternidad han sido y son sus símbolos. Muchas veces el egoísmo ha restado importancia al valor moral, político y cultural que Quito representa. Pero ello no ha impedido que la Capital siga siendo, como tantas veces se ha dicho, el corazón de la Patria y el Arca Santa que guarda sus tesoros de libertad, de rebeldía y de progreso.

Quito es la ciudad más antigua del Ecuador y una de las más antiguas de América. Ciudad, quizá milenaria, hunde sus raíces en lo más profundo de la historia y prehistoria, y se alimenta con savias indígenas y españolas Sintetiza como ninguna otra el espíritu de varias razas y de varias culturas. Su tronco y su ramaje fueron hechos con esencias de dulzura de las tribus indígenas y con la recia fibra de la voluntad indomable de España. Ciudad inmensa por su tradición y por su espíritu, erguida en el flanco de nuestro Monte de la Libertad, no ha llegado aún al límite de su crecimiento ni ha cumplido todavía su destino de formadora de la Patria y de paladín de la libertad en Amé-



rica. Pasarán por sus calles y sus plazas la muchedumbre de los años no para envejecerla y destruirla, sino para dotarla de nuevas virtudes, de más elevados pensamientos, de mayores empeños por crear en estas tierras ecuatorianas una forma social, política y económica, en la cual la justicia no sacrifique la libertad, ni la libertad la justicia; en la cual los hombres puedan vivir una vida de paz y de fraternidad, una vida de belleza que corresponda a este azul del cielo de Quito, a su clima suave, a su paisaje de colinas y nevados, que desfilan hacia el norte y hacia el sur, con su estandarte de nieves en las cimas y con el fuego de sus lavas en la entraña.

Sí, hay juventud en esta ciudad centenaria. Hay una tarea por hacer en el porvenir. Todavía no están cerrados los horizontes del mañana. Todavía hay que hundir cimientos firmes en la tierra; hay que plantar semillas, hay que escribir poemas, y cantos y libros de sabiduría; hay que redimir y elevar a los menesterosos, a los débiles, a grandes sectores de la raza que han sobrevivido a pesar de la explotación, de la miseria y del hambre. Este pueblo de Quito no se ha dado por vencido nunca. No le han abatido las tiranías de los mandones de turno con espada o sin ella. Ha tenido siempre fuerza bastante para romper sus cadenas y para derribar sus prisiones, y cuando la traición, el egoísmo, la ignorancia de sus gobernantes desgarraron la carne viva de la Patria, el pueblo de Quito se levantó otra vez del polvo de sus desengaños y dolores, dispuesto a emprender una nueva jornada con la sonrisa en los labios, con la ironía en las palabras y con acerado coraje en el pecho. La libertad del Ecuador estará garantizada mientras existan las dos grandes ciudades ecuatorianas: Quito la iniciadora y continuadora de la independencia, y, Guayaquil, la ciudad que consagró y dio realidad a los principios cincelados en la prosa apasionada de Montalvo y en el heroísmo del Luchador de Montecristi.

Hay mucho que hacer con la piedra y el metal de la materia y con la lumbre del pensamiento. Y ese quehacer está confiado, en parte, al dinamismo y a las virtudes del Cabildo Quiteño.

Hay también que atender a las necesidades materiales y culturales del pueblo de Quito y de sus parroquias rurales. Cada vez más, la Municipalidad deberá seguir adentrándose en el pueblo y apreciando sus hondos anhelos y sus perentorias necesidades. Será preciso poner empeño en la sanidad e higiene; en dotar de agua, de luz, de servicios indispensables a la ciudad y a sus parroquias; y será preciso también dar primacía a la educación y a la cultura popular. Educar es redimir y salvar a las generaciones de hoy y de mañana. La ignorancia es el



hambre y la degeneración del espíritu, tan grave o más grave que el hambre y degeneración del cuerpo. Pan y educación debiera ser la consigna de toda autoridad y de todo organismo llamados a gobernar la Patria. Fórmula sencilla y simple, y, no obstante, fecunda en sus resultados para hoy y para mañana.

Los doscientos vecinos que iniciaron la etapa española de la fundación de Quito, son hoy, cuatrocientos mil. El centenar de casos se ha multiplicado varias veces. Quito ya no comienza en La Alameda y termina en Santo Domingo, sino que encierra en sí millares de hectáreas de calles, plazas y construcciones. Todo esto lo ha construido el pasado y somos herederos de su gloria y de su esfuerzo. Seamos dignos de ese pasado y de esa gloria. Que mañana pueda decirse de esta generación que fue la iniciadora de una ciudad más grande, más fuerte y más bella. Que se pueda decir que comenzamos una nueva ruta en el peregrinaje de la historia, y que esa ruta tiene como meta una alta cima, desde la cual los hombres que habiten esta ciudad, puedan emular los perennes valores de santidad, de sabiduría, de arte y de patriotismo de los hombres de ayer. Soñemos con ese porvenir, porque si lo soñamos con fe y con pasión, ese soñar será como la lámpara de los cuentos orientales, por cuya virtud serán cumplidos nuestros anhelos.

Loor y gloria a Quito de hoy y de ayer; a Quito del Diez de Agosto, de Espejo, de Mejía, de las mujeres madres de soldados, de obreros y de artistas; a Quito, de las torcidas y toledanas callejuelas y de la Plaza Mayor; a las generaciones que aquí lucharon y murieron; que levantaron las iglesias centenarias y las llenaron de cuadros y esculturas. Loor y gloria, sobre todo, al pueblo humilde; a los obreros desconocidos, cuyos nombres no recogió la historia, pero a quienes se debe, en definitiva, la realización de esta Ciudad. Y, honor y gloria al Quito del mañana, al Quito que será hecho por los hombres de esta generación